

La recuperación de la experiencia histórica: un comentario sobre E. P. Thompson¹.

◆ *Hernán Sorgentini*

El enfrentamiento con aquello de amorfo y casi inaprehensible que supone la “experiencia” constituye un desafío teórico acaso análogo al de la intrincada relación que establece el historiador, desde un presente, con el pasado como su objeto de conocimiento. Es éste el desafío que ha orientado la producción historiográfica de E. P. Thompson al intentar poner de relieve un problema “olvidado” por el marxismo en su devenir histórico en el siglo XX: el papel de los sujetos como hacedores de la historia.

Este trabajo intentará mostrar cómo las perspectivas teóricas abiertas por la recuperación del papel activo de los sujetos en la historiografía de Thompson aparecen inevitablemente entrecruzadas con una reivindicación del oficio del historiador como lugar desde el que es posible la construcción de estas nuevas perspectivas teóricas y, como consecuencia de ello, cómo es posible volver a discutir el problema de la “experiencia” en la analítica de Thompson, considerándola tanto desde su papel clave para un análisis de la subjetividad en una perspectiva marxista, como desde su dimensión valorativa en tanto la “experiencia” es siempre, en algún sentido, “experiencia recuperada”.

¹ Este trabajo retoma, con correcciones, los desarrollos de una ponencia presentada en las 2das. Jornadas de Investigación y Debate de Graduados de Historia, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, agosto de 1998.

◆ Profesor e Investigador, CISH - UNLP.

I

La “experiencia” aparece en la principal obra teórica de Thompson, *Miseria de la teoría*², a través de la polémica en torno a las formas de construcción del conocimiento. Thompson realiza una recusación de todo marx-ismo en nombre del “materialismo histórico” como tradición abierta y como conocimiento provisional sujeto a rectificaciones, así como un rechazo explícito del teoricismo althusseriano (y más allá de él de toda la sociología burguesa) y una reivindicación del oficio del historiador³. En esta línea, Thompson concibe su incursión polémica contra la “Teoría” no como una reivindicación del empirismo, sino como un intento de “rescatar la razón”, frente a lo cual la “experiencia” proporciona la perspectiva histórica indispensable para encarar la discusión teórica:

“La “experiencia” –la experiencia del fascismo, del estalinismo, del racismo y del fenómeno contradictorio de la “opulencia” de la clase obrera en parte del mundo capitalista– irrumpe y reclama que reconstruyamos nuestras categorías. Una vez más somos testigos de que “el ser social” determina “la conciencia social”, al precipitarse la experiencia contra el pensamiento y presionar sobre él: pero esta vez no es la ideología burguesa sino la conciencia “científica” del marxismo lo que se está quebrando debido a la tensión”⁴.

Thompson toma como blanco el estructuralismo de Althusser y, sobre todo, su recepción acrítica desde los años sesenta por parte del marxismo inglés, desde una perspectiva que intenta situar estos planteos en su historicidad, concibiéndolos como resultados de la existencia de “una particular “coyuntura” que ha roto los circuitos entre la *intelectualidad* y la *experiencia práctica* (...)”⁵. Su oponente es concebido en términos de un “nuevo idealismo marxista” cuya carencia fundamental es la ausencia de “la categoría o modo de tratamiento de la “experiencia” (o huella que deja el ser social en la conciencia social)”⁶.

2 Thompson, E. P. (1981), *Miseria de teoría*, Barcelona, Editorial Crítica. [La primera edición en inglés es de 1978].

3 No analizaremos aquí la obra de Althusser, sino solamente las referencias que hace Thompson a ella.

4 *Miseria...*, p. 46.

5 *Ibíd.*, p. 12.

6 *Ibíd.*, p. 14.

El acercamiento a esta categoría fundamental aparece en el contexto de un redimensionamiento del “diálogo empírico” como forma de construcción de cualquier perspectiva teórica: así, el “materialismo histórico”, que Thompson propone a partir del rescate de este diálogo, se define como tal oponiéndose a las construcciones de corte especulativo en el sentido en que Althusser las concebiría y halla puntos de contacto con la práctica y el objeto de indagación específicos de la historiografía.

La “experiencia” aparece como el punto central de una visión de lo social proveniente de la historia que logra captar los cambios del “ser social” que producen efectos en la esfera de la “conciencia social”. Y su formulación como categoría central está dada por esta característica dinámica definitoria del objeto que el “nuevo idealismo marxista” tiende a ver en forma estática, justamente por concebirlo en forma especulativa.

“(…) La experiencia no espera discretamente a la puerta de sus despachos, a la expectativa del momento en que el discurso de la demostración la invitará a pasar. La experiencia penetra sin llamar a la puerta, anunciando muertos, crisis de subsistencias, guerras de trincheras, paro, inflación, genocidio. Hay gente que muere de hambre: los supervivientes inquietan sobre nuevas maneras de hacer funcionar el mercado. Otros son encarcelados: en las cárceles meditan sobre nuevas maneras de establecer las leyes. Ante experiencias generales de esta clase, los viejos sistemas conceptuales pueden derrumbarse y nuevas problemáticas pueden llegar a imponer su presencia. Tal presentación imperativa de los efectos cognoscitivos no está autorizada en la epistemología de Althusser, que es la de un receptáculo, como un fabricante que no se preocupa del origen de sus materias primas con tal que lleguen a tiempo a sus manos”⁷.

En un principio, la definición del concepto de “experiencia” de Thompson sólo señala que ella *incluye* las respuestas mentales y emocionales de los sujetos a los acontecimientos; la “experiencia” constituye una “forma de conocimiento” que “es válida dentro de determinados límites”.

“Tal vez pueda argüirse que la experiencia es verdaderamente una fase de conocimiento de muy bajo nivel (...) No creo que sea así; al contrario, considero que la

7 *Ibíd.*, p. 21.

suposición de que esto sea así es un error muy típico de ciertos intelectuales que suponen que los seres humanos corrientes son estúpidos. En mi opinión la verdad es más matizada: la experiencia es válida y efectiva pero dentro de determinados límites; el campesino “conoce” sus estaciones, el marinero “conoce” sus mares, pero ambos están engañados en temas como la monarquía y cosmología⁸.

Lo que interesa señalar aquí es que la definición del concepto de “experiencia” se anuda rápidamente con una “recuperación de la experiencia” en los términos de su validez intrínseca. Y, además, el correlato político evidente de esta recuperación en oposición al “sistema de clausura” althusseriano, que no logra superar la separación abstracta entre ser y pensamiento⁹.

Cuando Thompson se sumerge en la construcción althusseriana, se enfrenta con la necesidad de realizar una discusión interna de su teoría, arribando finalmente a la definición más acabada del concepto de “experiencia”. Así, sostiene, que ésta constituye el “término medio necesario entre el ser social y la conciencia social”, y en este sentido, se inscribe en el debate marxista sobre la conciencia, la cultura y los valores¹⁰.

Esta conceptualización es tal vez la que delimita más claramente los alcances del concepto y lo torna más susceptible de ser incorporado a un análisis de la determinación de lo social cuya filiación con los planteos de Marx es central. Sin embargo, es preciso señalar que aún en este sentido, el concepto no es ajeno a una perspectiva propia de historiador, ya que la experiencia, como “experiencia unitaria”, es también la que permite la comprensión del “tiempo unitario de los historiadores” frente a las concepciones abstractas de la totalidad social en términos de “niveles” o “instancias”, y justamente es a partir de ésta que logra alcanzar su estatuto privilegiado en la práctica historiográfica de nuestro autor:

“(...)todas estas “instancias” y estos “niveles” son de hecho actividades, instituciones e ideas humanas. Hablamos de hombres y mujeres, en su vida material, en sus determinadas relaciones, en su experiencia de las mismas y en la conciencia que tienen de esa experiencia. Por “determinadas relaciones” indicamos relaciones estructuradas dentro de formaciones sociales particulares de maneras clasistas –lo cual constituye un conjunto muy diferente de “niveles”

8 *Ibíd.*, p. 19.

9 “La experiencia surge espontáneamente en el ser social, pero no surge sin pensamiento; surge porque los hombres y las mujeres (y no sólo los filósofos) son racionales y piensan acerca de lo que les ocurre a ellos y a su mundo”. *Ibíd.*, p. 21.

10 *Ibíd.*, p. 160.

que Althusser suele desestimar—, y que la experiencia de clase hallará expresión simultánea en todas esas “instancias”, esos “niveles”, instituciones y actividades.

Es verdad que la efectividad de la experiencia y el conflicto de clase se expresará de maneras distintas en diferentes actividades e instituciones, y que por un acto de separación analítica podemos escribir de ellas “historias” diferentes. Pero por lo menos parte de lo expresado —como el temor a las multitudes en “la política”, que reaparece como desprecio hacia el trabajo manual entre los refinados y como desprecio hacia la praxis en la vida académica, que reaparece en forma de Black Acts en “el derecho”, que reaparece en forma de doctrinas de la subordinación en “la religión — será *la misma experiencia unitaria* o presión determinante, acaeciendo en el mismo tiempo histórico y cambiando al mismo ritmo: una revuelta campesina o los disturbios de Gordon pueden acentuar la presión, una *longue durée* de buenas cosechas y de equilibrio demográfico puede hacer que se relaje. De modo que todas esas “historias” distintas deben ser juntadas en el mismo tiempo histórico real, el tiempo dentro del cual el proceso sucede. Este proceso integral es el objeto último del conocimiento histórico, y esto es lo que Althusser se propone desintegrar”¹¹.

El problema que se está discutiendo es el de las relaciones de determinación entre niveles de la totalidad social (recusando los problemáticos conceptos de “sobredeterminación” y “autonomía relativa” que son los comodines de la teoría de Althusser).

Thompson propone la fórmula marxiana “ser social/conciencia social” como alternativa a la dominante en el marxismo “base/superestructura”. Las razones de ello apuntan a recobrar el papel activo de los sujetos, negado por un marxismo encerrado en teorías “sustitucionistas” de la clase (en nombre del “partido” o del “teórico”), y a sostener la validez de la noción de conciencia de clase contra la sociología burguesa contemporánea¹².

11 *Ibid.*, pp. 158-159. Resulta importante señalar que la noción de “tiempo unitario de los historiadores” ha sido utilizada por Fernand Braudel, en su intento de definir un acercamiento de la historia a las ciencias sociales en clave de una valoración del aporte de la perspectiva de la historiografía. Braudel, F. (1968), “La larga duración” en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 60-106, esp. pp. 97 y ss.

12 Ya en el Prefacio a *La formación...* se alude explícitamente a estas cuestiones. Thompson, E. P. (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Editorial Crítica. [La primera edición en inglés es de 1963]. La formulación data de 1957 y tiene una relación bastante directa con las polémicas surgidas en el Partido Comunista Británico tras los acontecimientos de 1956, la invasión soviética a Hungría, la escasa autocrítica del PCUS, la falta de democracia interna en el partido británico, etc.. Cfr. Anderson, P. (1985), *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, cap. 4, Szabón, J. (1987), “Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson”, en *Punto de vista*, Año X, N° 29, p. 15.

Un planteo similar al de Thompson puede encontrarse en Raymond Williams, quien a partir de rastrear cómo aparecen los conceptos de “base” y “superestructura” en la obra de Marx apunta a discutir la validez de la visión devenida en la transición de Marx al marxismo que hace hincapié en las relaciones entre base y superestructura como áreas escindidas de la totalidad social, en una forma contraria al sentido en que Marx concibió el problema en su crítica a la “ideología alemana”¹³.

Lo que estas discusiones plantean es la cuestión de la “determinación”, que tanto para Thompson como para Williams debe ser entendida en el sentido de “establecimiento de límites” y “ejercicio de presiones”¹⁴. En esta perspectiva, el concepto thompsoniano de “experiencia” está llamado a jugar un papel fundamental, que consiste en poner en evidencia las falencias de las argumentaciones en términos de la “teoría del reflejo” o de la “sobredeterminación” althusseriana que no logran plantear frontalmente la discusión de qué es la “determinación”¹⁵.

Cuando esta discusión es abordada, se llega a concebir que el ser social se organiza de acuerdo a los principios del pensamiento a la vez

13 Williams, R. (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, 1980. Williams señala que “(...) resulta irónico recordar que la fuerza de la crítica originaria de Marx se hubiera dirigido principalmente contra la *separación* de las ‘áreas’ de pensamiento y actividad (como en la separación de conciencia y producción material) y contra la evacuación consiguiente del contenido específico –las verdaderas actividades humanas– por la imposición de categorías abstractas. Por lo tanto, la abstracción habitual de ‘la base’ y ‘la superestructura’ es la persistencia radical de los modos de pensamiento que él atacaba”. Cita en pp. 96-97.

14 Ver *Ibíd.*, Segunda parte “Teoría cultural”, especialmente cap. 1 y 2. Thompson, E. P., *Miseria...*, pp. 83, 158-159, 244.

15 El argumento desarrollado por Williams al respecto se inscribe en la defensa de un concepto de ‘determinación’ no determinista. Así plantea que “La diferencia fundamental entre ‘determinación’ en este sentido [como ‘fijación de límites’], y ‘determinación’ en el sentido de las leyes de un proceso total sujeto a un desarrollo inherente y predecible no es difícil de entender, aunque a menudo puede escabullirse entre los sentido mutantes del término ‘determinar’. La cuestión clave radica en el grado en que las condiciones ‘objetivas’ son comprendidas como *externas*. Desde el momento en que, dentro del marxismo, por definición, las condiciones ‘objetivas’ son, y sólo pueden ser, resultado de las acciones del hombre en el mundo material, la verdadera distinción sólo puede darse entre la objetividad *histórica* – las condiciones en que, en cualquier punto particular del tiempo, los hombres se encuentran con que han nacido; y por lo tanto, las condiciones ‘accesibles’ que ‘establecen’– y la objetividad *abstracta*, en la cual el proceso ‘determinante’ es ‘independiente de su voluntad’; no en el sentido histórico de que lo han heredado, sino en el sentido absoluto de que no pueden controlarlo; sólo pueden procurar comprenderlo y, en consecuencia, guiar sus acciones en armonía con él”, Williams, R., op. cit. pp. 105.

Esta convergencia entre Thompson y Williams no debe oscurecer sus diferencias, explicitadas por el primero en su crítica al libro de Williams *The Country and the City*. cfr. Thompson, E. P. (1994), “Country and City” en *Making History. Writings on History and Culture*, New York, The New Press, pp. 242-253.

que se reconoce que es imposible entender a este último como “idealidad abstracta”, ya que “del mismo modo que el ser es pensado, el pensamiento es vivido (...)”¹⁶.

Muchas veces, en el caso de Thompson, la solución propuesta recae en la formulación de un “diálogo” entre ser social y conciencia social, como diálogo que va en ambos sentidos de la relación, y que, desde el punto de vista teórico, es más cercano a los postulados engelsianos de la “dialéctica” como interacción que a la matriz hegeliana del pensamiento de Marx.

Aún reconociendo los inconvenientes de la resolución “dialógica” de Thompson, se debe señalar que su perspectiva aporta un elemento de peso para comprender las razones históricas que están detrás de cualquier formulación teórica, a la vez que establece un mecanismo de reajuste permanente para determinar el alcance de los conocimientos elaborados. Sin dudas, se percibe aquí una práctica, la del oficio de historiador, que encuentra el punto débil del sistema althusseriano, a partir de aquellas cuestiones que la definen como práctica. Esto puede verse en sus investigaciones sobre el siglo XVIII que, siendo susceptibles de ser encuadradas en una problemática similar a la althusseriana (las relaciones entre los distintos niveles de la totalidad social), exhiben conclusiones divergentes a las de éste, atribuibles al carácter propiamente histórico de la aproximación thompsoniana:

“(...) hallé que el derecho no se mantenía cortésmente en un “nivel”, sino que estaba en *cada uno* de esos malditos niveles; estaba imbricado en el modo de producción y en las propias relaciones productivas (como derechos de propiedad, definiciones de las prácticas agrarias) y simultáneamente estaba presente en la filosofía de Locke; se introducía bruscamente dentro de categorías ajenas, reapareciendo con toga y peluca bajo capa de ideología; bailaba

16 *Miseria...*, p. 21. En otro texto Thompson señala, a propósito de una cita de Marx perteneciente a los *Grundrisse*, que “Lo que esto enfatiza es la simultaneidad de expresión de las relaciones de producción características en *todos* los sistemas y áreas de la vida social y no una idea de la primacía (porque es más ‘real’) de lo “económico”, donde las normas y la cultura están consideradas como un ‘reflejo’ secundario de lo primario. Lo que estoy poniendo en cuestión no es la centralidad del modo de producción (y las correspondientes relaciones de poder y propiedad) para una teoría materialista de la historia. Estoy poniendo en cuestión [...] la idea de que es posible describir un modo de producción en términos ‘económicos’, dejando a un lado como elementos secundarios (menos ‘reales’) las normas, la cultura, los conceptos críticos alrededor de los cuales se organiza el modo de producción”. Thompson, E. P. (1992), “Folklore, antropología e historia social”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, Nº 2, pp. 63-86, cita en pp. 78-79.

un cotillón con la religión, moralizando acerca del teatro de Tyburn; era un brazo [arm] de la política y la política una de sus armas [arms]; era una disciplina académica, sujeta al rigor de su propia lógica autónoma; contribuía a la definición de la propia identidad tanto de los gobernantes como de los gobernados; y por encima de todo, proporcionaba un terreno para la lucha de clases, donde se dirimían nociones alternativas de la ley”¹⁷.

En síntesis, la “experiencia” supone, por una parte, el planteo de las relaciones entre el ser y el pensamiento, por otra parte, el rescate de la evidente racionalidad de los sujetos que se contraponen a los acontecimientos objetivos. Estos supuestos, pueden operar como dos polos en tensión que dificultan la definición de la categoría de “experiencia”.

Thompson tiende entonces a conceptualizar el término en formas diversas, que en principio aparecen como contradictorias. Por un lado se nos dice que la “experiencia” en tanto concepto clave en las aproximaciones al problema de la relación ser/conciencia adquiere un papel “determinante”:

“(…) Dentro del ser social tienen lugar cambios que dan lugar a *experiencia* transformada: y esta experiencia es *determinante*, en el sentido de que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, plantea nuevas cuestiones y proporciona gran parte del material de base para los ejercicios intelectuales más elaborados”¹⁸.

Por otra parte se afirma que la “experiencia” en tanto concepto clave para la aproximación de Thompson al problema de la “clase” está “determinada”.

“La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. (...)”¹⁹.

17 *Miseria...*, pp. 257-258. En una perspectiva que analiza los discursos sobre la historia Gerard Noiriel identifica la figura de Thompson con la de Marc Bloch a partir del lugar otorgado a la práctica en sus reflexiones sobre el oficio del historiador, criticando su caída en argumentos de corte epistemológico extraños a esta práctica en su polémica contra el estructuralismo en *Miseria de la teoría*, Noiriel, G. (1997), *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Ediciones Cátedra, esp. Cap. 3, pp. 109 y ss..

18 *Ibid.*, p. 20. Thompson postula esto explicitando que hace aquí abstracción de las experiencias diferenciales de clase.

19 *La formación...*, Prefacio, p. XIV. Según Thompson, estos fenómenos pueden ser comprendidos de acuerdo a cierta lógica propia, pero no son susceptibles de ser encuadrados en leyes. Esto se asocia con la forma específica en que la historia como disciplina elabora su conocimiento.

Muchos autores han señalado ya las inconsecuencias de Thompson para definir su categoría fundamental de análisis y han impugnado, alternativamente, diversos aspectos de su conceptualización. Citaremos dos ejemplos que dan testimonio de hasta qué punto la discusión de este problema requiere una consideración no sólo de la obra de Thompson, sino también de las múltiples formas en que ésta ha sido recepcionada.

Perry Anderson, el principal exponente de una crítica (no althusseriana) que intenta no dejar de lado el peso determinante de las relaciones objetivas de los sujetos en la formación de su conciencia, señala que las inconsecuencias en la definición del concepto thompsoniano de “experiencia” operan en el sentido de una extrapolación incorrecta de las facultades de una “experiencia” de sentido neutro (la “experiencia” como textura subjetiva de acciones objetivas determinante de la vida social) a una “experiencia” de sentido positivo situada dentro de la “conciencia social” (la respuesta mental y emocional de individuos y grupos frente a los acontecimientos). Esto deviene en una valoración excesiva de la dimensión cognoscitiva de la “experiencia” (sentido positivo) por parte de Thompson, dejando al concepto sin respuesta frente a aquella experiencia –como la experiencia religiosa– que “no es ‘válida’ como conocimiento, y nunca lo fue por muy intensa y real que sea desde un punto de vista subjetivo, y por efectiva que resulte para arrastrar a masas de hombres y mujeres en todos los tiempos tanto a deberes rutinarios como a empresas excepcionales”²⁰.

Las conclusiones de Anderson se orientan entonces a rescatar el “sentido neutro” que ofrece perspectivas más promisorias para la indagación del problema de la subjetividad en una perspectiva marxista.

En una postura curiosamente opuesta a la de Anderson, William Sewell también advierte las inconsecuencias de Thompson con respecto a la “experiencia” y reclama por el abandono de la “experiencia” como término medio entre el ser y la conciencia en la perspectiva de la construcción de “una teoría de la formación de la clase obrera”. Para Sewell “a pesar de que él [Thompson] declara lo contrario, la experiencia no puede cumplir un papel mediador en la formación de la clase obrera en Inglaterra porque, para él, la formación de la clase *no es sino* experiencia”²¹. El

20 Anderson, P., op. cit., p. 30.

21 William H. Sewell, Jr. (1990), “How Classes are Made; Critical Reflections on E. P. Thompson’s Theory of Working-class Formation”, en Harvey Kaye and Keith McClelland (eds.) *E.P. Thompson Critical Perspectives*, Cambridge, Polity Press, pp. 50-77 (cita p. 60). [Trad. cast. Sewell, W. “Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera” en *Historia Social*, N° 18, Valencia, invierno de 1994, pp. 77-102, cita en p. 87.

examen de la multiplicidad de sentidos a que alude la “experiencia” conduce a Sewell a una posición opuesta a la de Anderson, desechando el sentido “neutro” de éste como “demasiado estrecho” y rescatando el “sentido positivo” como el que mejor se corresponde con el relato de Thompson sobre la formación de la clase obrera.

En este marco, Sewell encuentra las alusiones de Thompson con respecto a la determinación del ser social excesivamente cercanas a Althusser desde un punto de vista teórico, ya que ambos, en algún sentido, suponen algún tipo de determinación. Desde su perspectiva, frente al carácter amorfo que *a priori* podría atribuirse a la “experiencia”, conviene resaltar la asociación que mantiene el concepto thompsoniano con el postulado y la recuperación del carácter racional de la acción de los sujetos que “hacen la historia” como elemento que permite sortear los peligros de la indeterminación y el voluntarismo: “Lo que le da a su retrato de la experiencia tanta fuerza persuasiva es que parte de una idea estructurada y explicable de la acción [*agency*], no meramente voluntarista y misteriosa”²².

Así, el mérito de su construcción historiográfica reside en la racionalidad de la *agency* y en cómo a partir de ella Thompson crea a lo largo de su relato sobre la formación de la clase obrera la ilusión de percibir el desarrollo de los acontecimientos a través del punto de vista de quienes los vivieron. Por el contrario, para Sewell, merecen criticarse las conclusiones de Thompson acerca de la formación de la conciencia de clase derivadas del papel atribuido a la “experiencia” como mediación entre el ser y la conciencia:

“(…) Al final del libro, tenemos la sensación de que la presencia de la conciencia de clase en las formas de concebir la sociedad y en los movimientos de protesta es el resultado de la historia que Thompson ha relatado, pero no es fácil concretar con claridad el cómo y el por qué. Las ideologías elaboradas desde una conciencia de clase incluían evidentemente esa reflexión sobre la experiencia de la explotación que la segunda parte de *La Formación...* narra de manera tan convincente, pero, desde luego, no era meros “reflejos” de esa experiencia. Es obvio que estaban, también, fuertemente influidas por las tradiciones políticas descritas en la primera parte (“El Árbol de la libertad”) y por las luchas políticas relatadas en la tercera parte (“La presencia de la clase obrera”). No obs-

22 *Ibíd.* p. 65. [ed. cast. p. 91].

tante, continúa sin estar claro de qué forma tales influencias y fuerzas dieron lugar a una transformación cultural concreta: la aparición de la conciencia de clase. Ésta, en cambio, se nos presenta a principios de la década de 1830 como el resultado de una “experiencia” tumultuosa e iluminadora pero conceptualmente turbia”²³.

Otros autores podrían ser citados en el amplio debate emergente acerca del concepto thompsoniano de “experiencia”. Sin embargo, nos limitaremos a constatar que incluso las lecturas contrapuestas de Anderson y Sewell encuentran sustento en ciertas ambigüedades de los desarrollos teóricos explícitos de Thompson, especialmente en el inaprehensible concepto de “experiencia”.

Para los fines de este trabajo, importa más ver cómo se articulan estos distintos sentidos (o inconsecuencias teóricas) en una obra historiográfica que logra reunirlos y conferirles una referencia esclarecedora.

Desde nuestro punto de vista, en el planteo de Thompson, y sobre todo en su historiografía²⁴, el reconocimiento del problema de la relación entre ser y pensamiento se entrecruza con el de la validez de la experiencia y la racionalidad de la acción de los sujetos que no puede determinarse por criterios extrínsecos a ellas. Todo esto implica, en cuanto al conocimiento en general la necesidad de plantear el problema del punto de vista del sujeto que conoce como elemento ineludible en la elaboración del conocimiento (aunque, por supuesto, no determinante); lo que en la historia significa, por un lado, la discusión de los términos en que el historiador desde un presente cualquiera establece su relación con el pasado y, por otro, el escrutinio de las formas en que opera la “recuperación” de la experiencia. Metodológicamente, todo esto supone además, en la obra historiográfica de Thompson, la discusión del lugar que debe concederse al punto de vista de los sujetos aludidos en la reconstrucción efectiva de esa experiencia del pasado.

23 *Ibíd.*, p. 67-68, [ed. cast. p. 94]. No discutiremos aquí la validez de la tesis thompsoniana acerca de que la clase obrera estaba ya formada hacia 1832 (criticada también por Anderson). Nos interesa hacer ver, sin embargo, que la imputación de Sewell discute más la pertinencia del concepto de “conciencia de clase” thompsoniano de raigambre marxista que la de la validez historiográfica de su tesis.

24 Diversos autores han señalado divergencias entre las formulaciones teóricas de Thompson y su práctica historiográfica. Ver entre otros Sewell, W., op. cit., Benítez Martín, P. (1996), *E. P. Thompson y la historia. Un compromiso ético y político*, Madrid, Talasa.

II

En un trabajo anterior señalábamos que en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* podían encontrarse distintos sentidos del concepto de experiencia a los que hacíamos referencia aquí, y que éstos parecían corresponderse con la estructura general de la obra y la particular importancia que en ella se concedía a las “determinaciones subjetivas y objetivas”²⁵.

Lo que interesa reseñar aquí es el estrecho vínculo que se establece entre la conceptualización de la “experiencia” y la recuperación de la experiencia del pasado como elemento constitutivo y necesario para dicha conceptualización. En otras palabras, cómo los aportes teóricos de Thompson encuentran su razón de ser en la práctica del oficio del historiador (y no en la historiografía como materia prima de la teoría), constituyendo novedosas formas de dar cuenta de la “complejidad de lo social” que son, a la vez, excesivamente renuentes a adquirir una formulación sistemática demasiado rigurosa.

En segundo lugar, interesa señalar la importancia de la compleja relación entre el pasado y el presente y sus implicancias en cuanto al conocimiento, los valores y la política, temas éstos que el concepto thompsoniano de “experiencia” ilumina a partir de la multiplicidad de sentidos que abarca.

Algunos ejemplos concretos del análisis historiográfico de Thompson, en este caso circunscriptos a *La formación...*, podrán ilustrar estos planteos.

La “experiencia” y la recuperación de las tradiciones populares: un punto de partida.

Ciertamente, la consideración positiva de la “experiencia” cruza la obra historiográfica de Thompson.

En la primera parte de *La formación...*, la “experiencia” aparece asociada a la recuperación de las tradiciones populares que constituyen el sustrato histórico sobre el que se opera la formación de la clase obrera inglesa, siendo posible la conceptualización de estas tradiciones como sustrato histórico a partir de una consideración retrospectiva que toma por epicentro la experiencia jacobina inglesa de la década de 1790.

25 Sorgentini, Hernán (1997), “El tratamiento de la “experiencia” en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E.P. Thompson”, Ponencia presentada en las VI° Jornadas Interdepartamentos Escuelas de Historia, Universidad Nacional de La Pampa.

La exploración de aquellas tradiciones que constituyen el sustrato de la formación de la clase obrera se hace a la luz del examen de la ruptura que marca la experiencia de la Sociedad de Correspondencia de Londres (1792) y su lema político “Que el número de nuestros miembros sea ilimitado”:

“Hoy en día, podríamos omitir un lema como éste considerándolo una perogrullada; y sin embargo es uno de los ejes sobre los que gira la historia. Significaba el fin de cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna élite hereditaria o grupo de propiedad. La aprobación de este lema significaba que la SCL rechazaba la identificación, que se había hecho durante siglos, de la política y los derechos de propiedad; y rechazaba también el radicalismo de la época de “Wilkes y libertad”, en la que “la multitud” no se organizaba *a sí misma* con arreglo a sus propios fines, sino que un grupo –incluso un grupo radical– la convocaba a una acción intermitente para fortalecer su influencia y asustar a las autoridades. Abrir las puertas de par en par a la propaganda y la agitación de esa forma “ilimitada” suponía una nueva noción de la democracia, que desechaba antiguas inhibiciones y confiaba en los mecanismos de movilización y organización de sí misma que existían entre la población. Un desafío revolucionario como éste tenía que desembocar, forzosamente, en la acusación de alta traición”²⁶.

Esta ruptura es el punto desde el cual se descubre el papel cumplido por las tradiciones intelectuales y políticas del siglo XVIII: Thompson se remite así, en forma retrospectiva, a la tradición de disidencia en materia religiosa, a la tradición de la multitud en el siglo XVIII y a la tradición popular ligada a la idea del “inglés libre por nacimiento”, a través del prisma de la década revolucionaria de *Los derechos del hombre* de Paine y la acción revolucionaria de los jacobinos ingleses. En ellas encuentra la materia prima de la nueva subjetividad que se conforma a partir de la experiencia jacobina. Y tras el examen de estas tradiciones constitutivas percibe el impacto de la experiencia jacobina como fundante en la formación de la clase obrera inglesa.

La opción teórica que subyace a estos planteos, como se señala en el Prefacio, es la de dar una prioridad a las “determinaciones subjetivas” en el proceso de conformación de la clase obrera. A partir de esta opción teórica

²⁶ *La formación...*, p. 8.

se otorga una dimensión relevante a la actividad creadora de los sujetos como hacedores de la historia, orientando el relato de la formación de la clase obrera inglesa en un sentido contrario a todo determinismo económico –como tantas veces se ha subrayado–, pero también a toda determinación unívoca del impacto de la Revolución francesa en este proceso, cuyo desarrollo concreto demuestra la existencia de coordenadas propias que son aprehensibles en su dimensión característica a partir de una ruptura con la narración lineal de los hechos.

Esto último permite encontrar, además, los puntos débiles de una aproximación “tipológica” al análisis de la experiencia histórica, derivados del papel modélico atribuido a la “experiencia jacobina por excelencia”, es decir, la de la Revolución francesa²⁷.

Puede entenderse mejor, entonces, que las consecuencias que se derivan de la opción teórica que guía *La formación...* no se circunscriben enteramente a la tensión estructura/acción que atraviesa al marxismo, sino que comprenden además un planteo implícito sobre las formas en que se cons-

27 Así, en “The Peculiarities of the English”, la polémica con Anderson y Nairn de 1965, la constatación de la existencia de una burguesía de base agraria en la Inglaterra del siglo XVIII opera en Thompson como una prevención contra “la tendencia a suponer que hasta la víspera de 1832 existía en Gran Bretaña algún tipo de sociedad “feudal” (como testimonio la singular idea, cogida a hurtadillas de los márgenes de algunas interpretaciones marxistas de la Revolución Francesa, de que en 1788 el “feudalismo” predominaba en Francia)”. Thompson, E. P. (1978), “The peculiarities of the English” en *The Poverty of Theory and other essays*, London, Merlin Press, [Trad. cast. “Las peculiaridades de lo inglés”, en *Historia Social*, Nº 18, op. cit., pp. 9-60, cita en p. 21].

La “peculiaridad” de Thompson dentro de las perspectivas marxistas construidas alrededor del problema de la “revolución burguesa” puede verse más adelante cuando imputa a la visión de Anderson y Nairn guiada en torno a la búsqueda de las razones de la existencia de una “burguesía débil” que creó un “proletariado subordinado”, su apego excesivo al caso francés como modelo:

“Me opongo a un modelo que concentre la atención en un episodio crucial –la Revolución– con el que se deba relacionar todo lo que va antes y después; y que hace hincapié en un tipo ideal de Revolución en comparación con la cual se deben juzgar todas las demás. Las mentes que tienen el ansia de un platonismo puro, se vuelven enseguida impacientes con la historia real. La Revolución Francesa fue un momento fundamental de la historia occidental que, en su rápido paso por una gama de experiencias, aportó intuiciones y prefiguraciones sin par de conflictos subsiguientes. Pero, precisamente porque fue una experiencia gigantesca, no necesariamente fue una experiencia característica. Lejos de considerar que una fase de izquierdismo jacobino avanzado e igualitario sea una parte intrínseca de cualquier revolución burguesa plenamente lograda, la investigación reciente acerca del papel que jugó la multitud parisina, la composición real de las secciones y de las instituciones del Terror y de los ejércitos revolucionarios, así como sobre la emergencia nacional de la dictadura de guerra, pone en cuestión hasta qué punto es significativo caracterizar el jacobinismo del Año II como una auténtica experiencia “burguesa”. Y, verdaderamente, no se puede atribuir a la burguesía industrial el haber sido ni la “vanguardia” del jacobinismo, ni la principal fuerza social que sostuvo aquel momento político profundamente ambiguo”. *Ibíd.*, p. 22.

truye el conocimiento histórico, entendido ésto tanto desde los aspectos más concretos de la investigación de la realidad empírica como desde los que atañen a una reflexión acerca de las formas en que un presente cualquiera establece su “diálogo” con el pasado.

Aún más, si para Thompson, como afirmará en el capítulo 6 (primero de la segunda parte), el hecho de que “la formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica”²⁸ constituye una forma de confrontación con las versiones economicistas del marxismo y los enfoques sincrónicos de las ciencias sociales en auge, ésto también implica una peculiar opción histórica que concede al estudio de “los acontecimientos” y la “dimensión política de la formación de la clase obrera” un lugar casi prioritario que resulta especialmente significativo por tratarse de esferas de análisis consideradas secundarias por la historia social contemporánea cada vez más seducida por la cuantificación y la *longue durée* o las explicaciones en clave estructuralista²⁹.

Conviene tener en cuenta ésto para ver las formas específicas de la aproximación thompsoniana al problema de la “determinación estructural” de la clase obrera.

“Experiencia” y “determinación”: el análisis estructural y el punto de vista de los sujetos en la reconstrucción histórica.

Si es posible sostener que el “sentido positivo” de la “experiencia” constituye un punto de partida en los desarrollos teóricos e historiográficos de Thompson, es necesario también reconocer que ello no impide un análisis de las “determinaciones objetivas” de la realidad social. Las “determinaciones objetivas” de la formación de la clase obrera son analizadas por Thompson

28 *La formación...*, p. 203.

29 Al respecto Geoff Eley previene correctamente contra la lectura de un Thompson culturalista señalando que “En sus escritos más tempranos hay un acento indudable sobre la importancia de las determinaciones políticas que contradicen el rótulo de “culturalista” de la ‘historia desde abajo’ que se ha tratado de atribuirle retrospectivamente. Según Thompson, la clase obrera no sólo “emerge” a partir de la experiencia en la producción bajo el impacto de la industrialización, sino también a partir de una compleja coyuntura política que involucra viejas tradiciones libertarias, otras más nuevas sobre igualitarismo y democracia, siendo lo más crucial la acción represiva del Estado y las formas de resistencia popular que ella provocó”. Eley, G. (1994) “Edward Thompson, Historia Social y Cultura Política: La formación de la “esfera pública” de la clase obrera, 1780-1850”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año IV, N° 6, pp. 115-149, cita en p. 120.

en la Segunda parte de *La formación...* y nuestro autor no reniega de un concepto “estructural” de clase³⁰.

Por tratarse del problema teórico del marxismo al que la obra de Thompson ataca con más fuerza, esta Segunda parte de su principal obra historiográfica, sobre todo el capítulo 6 “Explotación”, es la más citada en los debates críticos en torno a la analítica de nuestro autor cuando éstos conceden proyectarse más allá de sus escritos teóricos³¹.

La recepción crítica de la obra de Thompson comprende también en este caso posturas disímiles. La publicación de *Miseria de la teoría* acarrea una crítica que enfatiza en el escaso tratamiento que concede Thompson a las “determinaciones objetivas”, es decir de las relaciones básicas entre los sujetos que son determinantes de la conformación de la conciencia. En esta serie de aproximaciones críticas Thompson es visto como un heterodoxo o un culturalista³². Más recientemente, animados por las perspectivas de los nuevos estudios culturales, los críticos encuentran un Thompson excesivamente determinista, dejando de lado con bastante facilidad la centralidad de la preocupación marxista que guía su empresa historiográfica o, alternativamente, juzgándola de manera superficial³³. Ellen Meiksins Wood, en un artículo dedicado al recurrente problema de las relaciones entre base y superestructura ha ob-

30 Ver por ejemplo. “Una entrevista con E.P. Thompson”, por Michael Merril, en E. P. Thompson (1979), *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Editorial Crítica, donde Thompson define como “estructuralista” el capítulo 6 de *La formación...*

31 A este capítulo hacen referencia Anderson, op. cit., R. Johnson, “Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista-humanista”, en *Hacia una historia socialista*, Ediciones del Serbal, y desde una postura thompsoniana (por momentos divergente de las formulaciones explícitas del propio Thompson), Ellen Meiksins Wood (1983), “El concepto de clase en E. P. Thompson”, en *Cuadernos Políticos*, México, y McClelland, Keith, “Algunos comentarios sobre ‘Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista-humanista’, de Richard Johnson”, en *Hacia...*, op. cit.. La excepción a esta constante es Kaye, Harvey J. (1989), *Los historiadores marxistas británicos*, Universidad de Zaragoza, 1989, quien discute la obra historiográfica de Thompson en su conjunto. Puede verse también Benítez Martín, Pedro, op. cit. y algunas referencias de Sewell, W., op. cit...

32 Cfr. Johnson, R., op. cit, Anderson, P., op. cit, Cohen, G. (1986), *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa.*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias/Siglo XXI.

33 Ver por ejemplo Sewell, W., op. cit. o las recusaciones de Gareth Stedman Jones a los conceptos thompsonianos de “experiencia” y “conciencia”, desde una postura que propone redimensionar el papel del lenguaje. Stedman Jones, G. (1989), *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera*, Madrid, Siglo XXI, pp. 16 y ss.

servado agudamente las filiaciones existentes entre estos dos tipos de críticas aparentemente opuestas³⁴.

A los fines de nuestro trabajo, es importante señalar que la consideración de las “determinaciones estructurales”, que Thompson explícitamente reconoce, operan sobre el presupuesto del sustrato subjetivo al que se había hecho referencia en la primera parte del libro. El concepto de “experiencia” aparece problematizando las mediaciones existentes entre el ser social y la conciencia social, es decir, en el “sentido neutro” de Anderson; pero esto incluye una carga de subjetividad inherente que no puede ser dejada de lado en el relato de la formación de la clase obrera a través de los procesos constitutivos de la sociedad capitalista. De allí el énfasis otorgado a las experiencias de braceros, artesanos y tejedores (sobre las que los críticos se han detenido más), pero también a “dos experiencias profundamente transformadoras: la del metodismo y la del radicalismo político”³⁵.

En conjunto, Thompson aprecia que a través de la experiencia de la Revolución industrial, entendida como “transición entre dos modos de vida”, se forma en la población obrera una conciencia colectiva de sí misma que distingue a la clase obrera del siglo XIX de la multitud del siglo XVIII y

34 La autora señala acertadamente que “En el debate entre althusserianos y culturalistas, él [Thompson] es un –incluso *el* original– culturalista, para el cual las determinaciones estructurales se disuelven en la “experiencia”. Y en la configuración actual cuyos términos han sido establecidos por los post-althusserianos “post-marxistas”, quizás se le puede igualmente adjudicar un lugar entre los filósofos del “discurso”, relegar al campo de los “reduccionistas de clase” o descartarlo como una anomalía teórica que, demostrando un desdén saludable hacia el “crudo economismo” y un aprecio de la ideología y la cultura, aún así retiene una creencia irracional en la importancia central de la clase. Hasta cierto punto él ha incitado estas clasificaciones distorsionadas al permitir que le atraparan en los términos prevaletentes del debate; pero en sus pronunciamientos explícitos sobre asuntos teóricos, y más aún en su práctica historiográfica, pueden encontrarse los restos perdidos de una tradición marxista que estas falsas elecciones han escondido sistemáticamente”. Wood, E. M. (1990) “Falling Through the Cracks: E. P. Thompson and the Debate on base and Superstructure” en *E. P. Thompson Critical Perspectives*, op. cit., pp. 125-152, cita en p. 129. [Trad. cast. en *Historia Social* N° 18, op. cit. pp. 103-124, cita en p. 106].

La autora además analiza ejemplos de autores, como Gareth Stedman Jones que realizan un recorrido desde el primer tipo de crítica “estructuralista” hacia posturas posmarxistas.

Una perspectiva parcialmente distinta, que analiza la obra de Thompson y los postthompsonianos, principalmente las experiencias del History Workshop y la historiografía socialista feminista de los años 60 y 70, puede encontrarse en Dworkin, Dennis (1997), *Cultural Marxism in Postwar Britain*, Durham and London, Duke University Press, especialmente cap. 5.

Para una crítica de las posiciones posmarxistas puede verse también Palmer, B. D. (1995), “La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, año V, N° 9, pp. 143-172.

35 *La formación...*, p. 322.

que se enriquecerá con el radicalismo político y el owenismo. Aparece aquí subrayado el carácter unitario de la experiencia (la experiencia del pauperismo, que contempla la extensión de las *enclosures*, las guerras, las *Poor Laws*, el declinar de las industrias rurales y las actitud contrarrevolucionaria de los gobernantes):

“El proceso de industrialización es necesariamente doloroso. Supone la erosión de los modelos de vida tradicionales. Pero en Gran Bretaña se cumplió con una violencia excepcional. No fue mitigado por sentido alguno de participación nacional en un esfuerzo común, como ocurrió en los países que experimentaron una revolución nacional. La ideología predominante fue sólo la de los patronos. Su profeta mesiánico fue el doctor Andrew Ure, que consideraba el sistema fabril como ‘el gran ministerio de civilización del globo terráqueo’, que difundía, ‘la sangre vivificadora de la ciencia y la religión a las miríadas... que todavía estaban sumidas “en la región y la sombra de la muerte”’. Pero quienes la llevaron a cabo no *experimentaron* que así fuera, más que aquellas ‘miríadas’ que supuestamente debían beneficiarse con ella. La experiencia de pauperismo se les presentó en cientos de formas diferentes: para los braceros del campo, la pérdida de sus derechos comunales y de los restos de democracia aldeana; para el artesano, la pérdida de categoría social de su oficio; para el tejedor, la pérdida del sustento y de la independencia; para los niños, la pérdida del trabajo y el juego en casa; para mucho grupos de obreros cuyos ingresos reales aumentaron, la pérdida de seguridad, de tiempo libre y el deterioro del entorno urbano”³⁶.

Como se desprende de la cita, este carácter unitario de la experiencia está asociado a características intrínsecas del proceso de acumulación capitalista³⁷ que le confieren, debido a su aspecto destructor de los antiguos modos de vida, un aspecto determinante en la emergencia de la conciencia que las comunidades obreras elaborarán acerca de sí mismas³⁸. Al mismo

36 *Ibid.*, pp. 495-496.

37 Thompson utiliza recurrentemente el término “proceso de industrialización”, por lo que ha sido fuertemente criticado. Cfr. Johnson, *op. cit.*. Teniendo en cuenta la centralidad del problema del proceso de trabajo en esta perspectiva, señalada por Keith McClelland, *op. cit.* y su filiación con las concepciones marxistas referidas al problema, nos permitimos utilizar esta referencia al “proceso de acumulación capitalista”.

38 “No es ni la pobreza ni la enfermedad, sino el trabajo, el que proyecta la sombra más oscura sobre los años de la Revolución industrial. (...)”

“A veces parece que estas “miríadas de la Eternidad” hayan sido emparedadas en su trabajo como en una tumba. Sus mejores esfuerzos a lo largo de toda la vida y con el apoyo de sus propias sociedades de socorro

tiempo, debe apreciarse que la perspectiva thompsoniana se reconoce tributaria de las particulares configuraciones subjetivas (la experiencia de los braceros, los artesanos, los tejedores, los niños, las mujeres, etc.) al momento de aprehender estas características intrínsecas del proceso de acumulación capitalista que el conocimiento elaborado desde otro “punto de vista” no alcanza a divisar.

En la consideración sobre la Segunda parte de *La formación...*, lo que interesa destacar, más que el énfasis subjetivista de la perspectiva thompsoniana, es el carácter no unívoco de la determinación estructural presentada por Thompson en tanto concibe a ésta como segundo momento en la formación de la clase obrera que presupone y contiene el desarrollo de formas específicas de subjetividad. Por ello, es posible señalar que la determinación objetiva adquiere el carácter de lo que Williams ha denominado una “objetividad histórica”, es decir un producto de la actividad humana³⁹.

Por otra parte, interesa destacar el papel que juega desde un punto de vista metodológico, la incorporación del punto de vista de los sujetos aludidos en la reconstrucción histórica efectiva de un período necesariamente recepcionado desde diversas concepciones valorativas.

Si tomamos como ejemplo el capítulo 7 de *La formación...*, “Los braceros del agro” podemos ver cómo Thompson no se desentiende de las determinaciones objetivas, pero también como la incorporación del punto de vista de quienes las sufren adquiere un papel fundamental en su reconstrucción.

“Las *enclosures* fueron, ciertamente, la culminación de un largo proceso secular por medio del cual se socavaron las relaciones tradicionales de los hombres con los medios de producción agrarios. Tuvieron una profunda repercusión social porque revelan, tanto hacia atrás como hacia adelante, la

mutuo, apenas podrán asegurarles lo que tan alto valor tenía para el pueblo: un “Buen Entierro”. Surgían nuevas técnicas, persistían los viejos placeres, pero sobre todo esto advertimos la presión general de las largas horas de trabajo insatisfactorio bajo una severa disciplina con fines ajenos. Todo esto estaba en la base de aquella “fealdad” que, como escribió D. H. Lawrence, “traicionó el espíritu del hombre en el siglo XIX”. Esta impresión permanece, cuando todas las demás se desvanecen, junto con la de la pérdida de cualquier cohesión experimentada en la comunidad, excepto la que la población obrera, en oposición a su trabajo y a sus patronos, construyó para sí misma.” *La formación...*, pp. 496-497.

39 Williams, R., op. cit., p. 105. Ver cita 13. La vinculación de estos planteos con las tesis marxianas sobre el concepto de historia es evidente si se acepta como central el planteo de Marx acerca de que “los hombres hacen su propia historia”. Al respecto Fleischer distingue en la obra de Marx tres concepciones, la historia como “devenir del hombre”, la historia como proceso sujeto a leyes naturales y la historia como praxis, rescatando este último sentido. Fleischer, Helmut (1969), *Marxismo e historia*, Caracas, Venezuela, Monte Ávila.

destrucción de los elementos tradicionales de la sociedad campesina inglesa. Si estudiamos la agricultura inglesa del siglo XVIII, a través de las páginas de la obra de Arthur Young *Annals of Agriculture*, o los diversos informes que se prepararon (en el cambio de siglo) para el Ministerio de Agricultura, podemos suponer que las legitimidades tradicionales habían perdido fuerza desde hacía tiempo. Pero si examinamos la escena de nuevo, desde el punto de vista del aldeano, encontramos un denso racimo de derechos y costumbres que se extiende desde los bienes comunales hasta la plaza del mercado y que, tomados en su conjunto, componían el universo económico y cultural de los pobres del agro⁴⁰.

Esta perspectiva orienta las conclusiones de Thompson que, a diferencia de las visiones parcializadas de Cobbett, pero también de las equívocas aproximaciones al bienestar de los braceros concebidos en términos de “promedios” por ciertos historiadores y científicos sociales contemporáneos, logra dar cuenta de las relaciones humanas básicas que determinaron sus vidas:

“(…) no podemos hacer un promedio del bienestar. Hemos atisbado algo de la otra cara del mundo de las novelas de Jane Austen; y los que vivieron en aquella cara *experimentaron* el período como bastante catastrófico. ‘Cuando los agricultores se convirtieron en *gentlemen* –escribió Cobbett– sus braceros se convirtieron en *esclavos*’. Si es posible argumentar que, al final del proceso, hubo mejora, debemos recordar que la mejora fue para otra gente. Cuando comparamos a un bracedero de Suffolk con su nieta que trabaja en una fábrica de los algodonereros, estamos comparando –no dos niveles–, sino dos formas de vida.

“(…) ninguna valoración de este tipo de los promedios nos puede decir algo acerca de las relaciones humanas ‘medias’. Para juzgarlas, estamos obligados a abrirnos camino como podamos a través de las problemáticas fuentes de información subjetivas. Y una opinión sobre este período debe incluir, con seguridad, alguna impresión del *gentleman* inglés ‘medio’. No debemos aceptar el impropio de Cobbett: ‘la más cruel, la más insensible, la más brutal e insolente’ de las criaturas de Dios. Pero tampoco debemos retroceder a algunas de las más sospechosas ideas que han reaparecido desde hace poco tiempo: “Los *gentlemen* rurales ingleses eran, ciertamente, quizá la más notable clase de hombres que jamás haya producido sociedad

40 *La formación...*, pp. 229-230.

alguna en cualquier parte del mundo” [R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, pp. 40-44]. En lugar de ésta, podemos dar la opinión de un bracero de Norfolk, en una carta anónima dirigida a los ‘*Gentlemen de Ashill*’: ‘Nos habéis sometido ya a la carga más pesada y nos habéis uncido al yugo más severo que jamás conocimos’⁴¹.

El tratamiento análogo que merece la experiencia de los artesanos traza una justa prevención contra toda concepción lineal de la evolución histórica de las nuevas industrias y del aspecto desintegrador de las maquinarias, a partir de un análisis empírico que sigue los distintos trayectos recorridos por los oficios de acuerdo a sus particularidades y al peso adquirido por las *trade unions*. La experiencia de quienes están sometidos a la influencia de estos procesos desintegradores resulta entonces capaz de iluminar algunos de sus aspectos esenciales.

“La inseguridad y la hostilidad frente a la maquinaria y la innovación, no era el resultado del simple prejuicio y (como a la sazón suponían las autoridades) del conocimiento insuficiente de la ‘economía política’. El tundidor o el cardador de lana sabían bastante bien que, aunque la nueva maquinaria le podía ofrecer un empleo cualificado a su hijo, o al hijo de cualquier otro, a él no le ofrecería ninguno. Las recompensas de la ‘marcha del progreso’ siempre parecían ser cosechadas por otros”⁴².

Esta constatación no se circunscribe a una consideración de aquellos aspectos más refinados con la subjetividad de quienes experimentan la inseguridad y hostilidad frente a la maquinaria y la innovación. Por el contrario, Thompson concibe sus proyecciones en un sentido que pone en discusión la inteligibilidad de los procesos que constituyen el substrato de estas experiencias de inseguridad y hostilidad.

“(…) sólo estamos en la orilla del problema, porque esas inseguridades particulares eran sólo un aspecto de la inseguridad *general* de todos los oficios durante este período. La misma noción de regularidad en el empleo (...) es anacrónica. Hemos visto que en la agricultura el problema crónico era el del empleo a tiempo parcial. También era éste el problema en la mayoría de industrias y en la experiencia urbana por lo común”⁴³.

41 *Ibíd.*, pp. 248-249.

42 *Ibíd.*, pp. 267-268.

43 *Ibíd.*, p. 268.

Y, nuevamente, el testimonio de los sujetos aludidos es postulado como el acceso más válido para la comprensión del subempleo crónico: en este caso, el de un cartista del Yorkshire que afirma que “He sido tejedor de lana, cardador de lana, peón caminero en el ferrocarril y en el desmonte en la cantera, por todo ello declaro que conozco un poco la situación de las clases trabajadoras”⁴⁴.

Quizás estos ejemplos analizados permitan sostener, que aún en aquellos capítulos más volcados al análisis de las “determinaciones estructurales” y los “procesos objetivos” en los que el tratamiento de la “experiencia” se encuadra en la definición de “término medio entre el ser social y la conciencia social”, este tratamiento no desestima la recuperación del punto de vista de quienes sufren esta “experiencia”, ya que es éste el que proporciona el elemento clave para su reconstrucción histórica efectiva. La práctica de historiador de Thompson nos indica que el pasado al que alude quien intenta conocer constituye *siempre* un “pasado recuperado” y que su recuperación acarrea casi necesariamente una dimensión valorativa y política.

Experiencia y acción racional: valores y política en la recuperación del pasado.

Con lo visto hasta aquí, es posible sostener que en Thompson la intención de reconstruir el pasado se anuda con la de su “recuperación”, la recuperación de la experiencia histórica en la que, como consecuencia acaso del punto de vista ineludible del historiador, necesariamente entran a jugar los valores y la dimensión política de la historia⁴⁵.

Thompson afirma en el Prefacio de *La formación...* la importancia de recuperar las acciones y experiencias en los términos de la importancia que tenían para sus protagonistas o, en todo caso, siempre más allá de su eficacia histórica:

“Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la revolución industrial podemos descu-

44 *Ibíd.*

45 “(...) El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano”. *Ibíd.*, pp.215-216.

brir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar. Además, la mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución Industrial. Todavía se podrían ganar, en Asia o en África, causas que se perdieron en Inglaterra”⁴⁶.

Esta postura parece verse confirmada al final de la segunda parte de *La formación...* cuando Thompson enfrenta el tema de la relación entre valoración e historia, afirmando la necesidad no sólo de incorporar los valores de los sujetos que experimentaron el proceso de la Revolución industrial, sino la pertinencia de un juicio de valor sobre el proceso en sí mismo, en el que la implicación ineludible del historiador adquiere visos de objetividad nada menos que por medio del contraste de la “experiencia” y la recuperación de las formas culturales elaboradas a partir de ella.

“El historiador, o el sociólogo histórico, debe interesarse de hecho por los juicios de valor de dos formas. En primer lugar, le interesan los valores que realmente tenían los que vivieron durante la Revolución Industrial (...).

“En segundo lugar, le interesa hacer algún tipo de juicio de valor acerca de todo el proceso que entraña la Revolución Industrial, de la cual nosotros mismos somos un producto final. Lo que hace difícil la valoración es nuestra propia implicación. Sin embargo, nos ayudan a conseguir un cierto distanciamiento, tanto la crítica “romántica” del industrialismo que procede de una parte de la experiencia, como el recuerdo de la tenaz resistencia gracias a la cual el tejedor de telar manual, el artesano de la ciudad o de las pequeñas poblaciones se enfrentó a esa experiencia y se aferró a una cultura alternativa. A medida que vemos cómo ellos cambian, estamos viendo cómo nosotros hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad. Entendemos con mayor claridad lo que se perdió, lo que fue empujado a la “clandestinidad”, lo que todavía queda por resolver”⁴⁷.

Este tipo de posturas le valieron a Thompson recurrentes críticas tendientes a atribuirle una inclinación “voluntarista”, “subjetivista” o “moralista”. Como testimonio de esto quizá baste citar el contundente comentario de Perry Anderson:

46 *Ibíd.*, p. XVII.

47 *Ibíd.*, 494.

“La relación entre presente y pasado propuesta en el canon thompsonian de la historiografía encuentra un fiel reflejo en [su] definición de la política. La consecuencia práctica de una concepción de la historia como una crestomatía de ejemplos morales es un culto acrítico del año 1956”⁴⁸.

Frente a esto, conviene analizar más en concreto los términos en que opera en la historiografía de Thompson la recuperación de la experiencia histórica o, lo que es lo mismo, la constitución de una política de la historia. Tomaremos los análisis de Thompson sobre el jacobinismo inglés y sobre el ludismo.

En su recuperación del jacobinismo inglés Thompson resalta que “la creencia de que “un hombre es un hombre, para todo” encontraba expresión en (...) formas, que pueden recordarse como una crítica según las prácticas de nuestros días”⁴⁹. Esto implica rescatar los valores de participación de todos los ciudadanos en las tareas de los comités, las presidencias rotativas de éstos, la vigilancia de las pretensiones de los líderes, la creencia en la capacidad de razonar de todos los hombres, en tanto estos valores encarnaban aquellas formas que se constituían en crítica de la práctica contemporánea. Thompson analiza la configuración que adquiere el cartismo a partir de su apropiación, y su ausencia en el nuevo socialismo de fines del siglo XIX y en el movimiento obrero del siglo XX, como elementos que dan testimonio de los alcances y limitaciones de su proyección histórica.

Aún más, Thompson encuentra en el jacobinismo inglés los orígenes de una tradición basada en estos principios, sin olvidar que también aporta, en los aspectos organizativos e ideológicos, la tradición de la autodidaxia, la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas, la tradición del republicanismo consciente y del internacionalismo... Y sin dejar de percibir, tampoco, que “[la visión de Paine] de la naturaleza humana era superficial, y el suyo es un tipo de optimismo (“No creo que la Monarquía y la Aristocracia se mantengan por siete años más que en cualquiera de los países ilustrados de Europa”) que la mentalidad del siglo XX encuentra pesado”⁵⁰.

La recuperación del jacobinismo se hace en términos más políticos que morales, como puede verse en el tratamiento velado de la legitimidad de la acción en los particulares contextos históricos que suponen las

48 Op. cit., pp. 133-134.

49 *La formación...*, p. 190.

50 *Ibíd.*, p. 98.

“impugnaciones” a Paine. A la vez, esta lectura “política” no inhibe –por el contrario requiere–, la manifestación de un punto de vista del historiador sustentado en determinados valores.

Es interesante ver cómo todo esto constituye, en la perspectiva de Thompson, una “salvaguarda” de la historiografía con respecto al “desliz” revisionista:

“(…) en nuestra época, la reacción contra la interpretación *whig* o marxista de la historia ha sido tan grande, que algunos estudiosos han propagado una inversión ridícula de los papeles históricos: los perseguidos se ven como precursores de la opresión, y los opresores como víctimas de la persecución”⁵¹.

Y además, cómo el sustento de esto está dado por una elemental confrontación con la realidad empírica:

“(…) si se aplica el mito de ‘totalitarismo’ jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario Código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el ‘pagano, turco o judío’. Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a la ‘muchedumbre’ (en palabras de Paine) de ‘seguidores de la facción’ en seguidores del ‘estandarte de la libertad’”⁵².

La perspectiva historiográfica de Thompson se construye en consonancia con una constatación política: que el aporte de Paine con su “fe en la libre actuación de la opinión en la “sociedad abierta”” y su inclusión de la “nación” como tema, hasta entonces excluido de los debates constitucionales del siglo XVIII, marcan la puesta en marcha de la fuerza de la democracia...⁵³.

Otro ejemplo de la particular aproximación de Thompson al pasado puede encontrarse en el tratamiento que merece la experiencia del ludismo.

51 *Ibíd.*

52 *Ibíd.*, pp. 97-98.

53 *Cfr. Ibíd.*

Thompson llega a ella rastreando sus vinculaciones con la organización política clandestina y las tradiciones cuasilegales de las *trade unions*, resaltando las dificultades de aproximación a una cultura obrera que combina elementos de la tradición política y la tradición industrial y cuya opacidad la torna de difícil intelección no sólo por el partidismo de las pocas fuentes disponibles (además sujetas a interpretaciones historiográficas no menos parciales), sino también por las estrategias desarrolladas por los protagonistas del movimiento para evitar que este pasado salga a la luz. Estas dos razones lo llevan a afirmar que “Desde Despard hasta Thistlewood, y más allá de ellos, existe un tratado de historia secreta, sepultado debajo del mar como la gran llanura de Gwaelod. Debemos reconstruir lo que podemos”⁵⁴.

La perspectiva de historiador que lo conduce a esta aventura es la que signa su negativa a ver en el movimiento ludita una respuesta irracional a las necesarias transformaciones económicas.

“Si bien atacaban [los luditas] aquellos símbolos de la explotación y el sistema de fábrica, tenían presentes objetivos de más largo alcance, y además había grupos de ‘seguidores de Tom Paine’ que les podían encaminar hacia metas ulteriores”⁵⁵.

Esta perspectiva se sustenta fundamentalmente en un análisis exhaustivo de las fuentes que se presenta como superador de los prejuicios en la investigación histórica característicos de las versiones *whig* y socialista fabiana. En este punto, Thompson muestra un pronunciado distanciamiento de la perspectiva de los Hammond que, proyectados hacia el fenómeno de ludismo desde la perspectiva de un movimiento obrero ya desarrollado, intentaban buscar “precursores” oscureciendo aquellos aspectos del fenómeno (su carácter casiinsurreccional) que consideran indignos, inadecuados o improbables⁵⁶. El correctivo de Thompson a este tipo de visiones se orienta a recordar que

“(…) para aquellos que la viven, la historia no es ‘temprana’ ni ‘tardía’. Los ‘precursores’ son su vez herederos de otro pasado. Se debe juzgar a los hombres en su propio contexto; y en ese contexto debemos considerar a

54 *Ibíd.*, tomo II, p. 62.

55 *Ibíd.*, tomo II, pp. 183-184.

56 *Ibíd.*, tomo II, p. 173

hombres como George Mellor, Jem Towle y Jeremiah Brandreth como personas de talla heroica⁵⁷.

Desde esta perspectiva, Thompson entiende que el ludismo surge en la crisis entre el paternalismo y el *laissez faire*, subrayando que sus prácticas estaban legitimadas por las tradiciones de las comunidades obreras. Estas prácticas comprenden determinada moral y valores de lo que llama una “economía política alternativa” y que por lo tanto no puede ser juzgada a partir de la atribución de una racionalidad absoluta a los principios del *laissez faire*⁵⁸.

El ludismo es visto en su conjunto como “una erupción violenta de sentimiento contra el capitalismo industrial desenfrenado, que rememora un código paternalista anticuado, y se ve legitimado por las tradiciones de la comunidad trabajadora”⁵⁹ y debe ser comprendido en tanto “movimiento de transición (...) como una manifestación de una cultura obrera de mayor independencia y complejidad que cualquiera de las conocidas en el siglo XVIII”⁶⁰.

La recuperación de la experiencia del ludismo se opera a través de una crítica al aspecto “progresivo” de las ventajas de la desaparición de la tradición y las “prácticas restrictivas” en la experiencia de la pérdida del carácter deshonesto de ciertos oficios y en la pauperización de otros, y se sostiene empíricamente en la consideración de la racionalidad de las acciones desarrolladas por los protagonistas del movimiento, que es testimonio de su dimensión política:

“Como ‘movimiento del *mismo pueblo*’, no nos sorprende tanto su atraso como su creciente madurez. Lejos de comportarse de forma ‘primitiva’, en Nottingham y el Yorkshire mostró una disciplina y un autocontrol de primer orden”⁶¹.

57 *Ibíd.*, tomo II, p. 174-175.

58 Thompson señala que “podemos ver los años 1811-1813 como una divisoria de aguas, cuyas corrientes fuesen, en una dirección, hacia atrás a la época de los Tudor, y en la otra, hacia adelante a la legislación fabril de los siguientes cien años. Los luditas fueron unos de los últimos agremiados, y al mismo tiempo unos de los primeros en introducir las agitaciones que conducirán al movimiento en favor de las 10 horas. En ambas direcciones hay una economía política y una moral alternativas a las del *laissez faire*. Durante las críticas décadas de la Revolución industrial, los obreros estuvieron expuestos a uno de los dogmas más degradantes que han habido en la historia –el de la competencia irresponsable e incontrolada– y generaciones de trabajadores a domicilio perecieron bajo esta exposición. Fue Marx quien vio, en la aprobación de la ley de las 10 horas (1847), una prueba de que “por primera vez... en pleno día, la economía política de la clase media ha sucumbido a la economía política de la clase obrera”. Los hombres que atacaron la fábrica de Cartwright en Rawfolds anunciaban esta economía política alternativa, aunque lo hiciesen en un confuso encuentro a medianoche”, *Ibíd.*, tomo II, p. 127.

59 *Ibíd.*, tomo II, p. 125.

60 *Ibíd.*, tomo II, p. 184.

61 *Ibíd.*

La recuperación de la racionalidad de los sujetos que protagonizaron el movimiento sólo es concebible a partir de un punto de vista distinto del de quienes ven el proceso histórico desde la inevitabilidad del “progreso económico”. La perspectiva del historiador y la constatación efectiva de la reconstrucción histórica sustentan la valoración del ludismo. Desde la investigación histórica concreta, Thompson descubre los lazos que unen al ludismo con la experiencia de la agitación de la posguerra, otorgándole un papel central en la indagación acerca de los recorridos a través de los cuales la clase obrera adquiere una conciencia diferenciada que la define como tal, y que es ante todo política.

* * * * *

A modo de consideración final es posible establecer, después de la revisión de los principales desarrollos teóricos e historiográficos en torno a la categoría thompsoniana de “experiencia”, que ésta no puede ser comprendida sino desde la perspectiva del oficio de historiador a partir de la cual ha sido pensada.

En esta perspectiva, ocupa un lugar central la dimensión “recuperativa” del concepto, atestiguada en la valoración positiva del papel cumplido por las tradiciones populares del siglo XVIII, las diferentes experiencias particulares de distintos grupos de trabajadores y la importancia de la dimensión política de fenómenos como el jacobinismo y el ludismo en el proceso de formación de la clase obrera inglesa.

Esta valoración no supone una identificación transhistórica con las representaciones, ideas y sentimientos de aquellos sujetos que “hicieron la historia”, aunque debe ser incorporada *necesariamente*, de manera crítica, a la hora de encarar el proceso de reconstrucción de esa historia.

En este sentido, nos parece que la aproximación historiográfica de Thompson debe ser pensada como una forma particular y específica de aproximación al pasado desde el presente que, por reconocerse como tal, deja ver permanentemente la preocupación política que la recorre (como a toda historia), así como la dimensión también política del objeto en cuestión.